

B. Georgina
Flores Mercado

ANTROPOLOGÍA



Mujeres de metal.

La participación femenina en las
bandas de viento de Tingambato,
Michoacán

Para que una tradición musical exista se requiere de una colectividad que la sostenga. En este caso las mujeres han jugado un papel fundamental y lo han hecho de diversas maneras, aunque muchas de ellas no sean músicos. Por ejemplo, los ensayos de la banda generalmente se realizan en los patios de las casas de los directores. En estas casas habitan las familias de los directores, y las mujeres están ahí realizando sus actividades cotidianas durante los ensayos. Los ensayos son una polifonía de sonidos que se repiten constantemente durante horas. Esta lluvia intensa de sonidos me hizo pensar en las mujeres: ¿cómo viven el mundo de la música tradicional las mujeres de Tingambato? ¿Cuál es su papel en la recreación de las tradiciones musicales? ¿Cómo viven su participación en las bandas de música tradicional? Estas preguntas guiaron una investigación que realicé entre 2005 y 2006 en la población p'urhépecha de Tingambato, Michoacán.

Aguacates, bandas y modernidad

A Tingambato “llegó muy rápido la civilización”, me dijo un día un joven de esa localidad. Quizás lo que quiso decir es que dicha comunidad se modernizó más rápido que otras regiones de la meseta p'urhépecha. Generalmente se dice que Tingambato está ubicado sobre la carretera Morelia-Uruapan, pero lo cierto es que la carretera *se ubicó* en el poblado de Tingambato, diseccionándolo en dos partes hace no muchos años. Los fuertes cambios modernizadores y capitalistas han hecho que Tingambato sea un pueblo diferente frente a otras poblaciones p'urhépecha. Estos cambios han tenido un fuerte costo cultural, ambiental y económico. Así, en Tingambato se ha dejado de usar la lengua p'urhépecha, lo cual significa —para muchos de dentro y fuera del pueblo— que Tingambato ya no es p'urhépecha. Sin embargo, la música tradicional ocupa un lugar relevante para que la gente y los músicos se puedan seguir considerando parte de esa cultura. Esta música les vin-



cula afectiva y simbólicamente con imágenes, lugares, sabores, olores y costumbres p'urhépechas.

Bandas de viento de los pueblos p'urhépecha

Las bandas de viento se cuentan entre las agrupaciones musicales más sobresalientes de los pueblos p'urhépecha de la meseta michoacana.¹ En el pueblo de Tingambato existen diez o doce bandas, algunas de gran arraigo y reconocimiento en la región y fuera de ella. Sólo dos bandas del pueblo, y la banda de la escuela de música, se dedican a interpretar música tradicional como sones y sones abajeños, y música clásica principalmente. Todas las demás bandas “interpretan música comercial”.

A las agrupaciones de música tradicional se les denomina *bandas culturales*, y entre ellas están la Banda ECOR, la Banda Infantil de Tingambato (BIT) y la Banda del Centro de Capacitación Musical de Tingambato. En las tres bandas participan principalmente jóvenes y niños, además de representar el único espacio donde las mujeres pueden participar como músicos.

Las mujeres en el entramado musical de Tingambato

Como es bien sabido, Eliseo Cortés fue uno de los grandes impulsores de la música tradicional p'urhépecha en Tingambato. Dirigió varias bandas, formó un sinnúmero de músicos y fue un prolífico compositor. En cambio, lo que no se sabe es que su esposa doña Paula Jiménez se hacía cargo de sus siete hijos, los cuidaba cuando su esposo salía a tocar a otras localidades y le acompañaba durante las noches que él componía sus bellos sones y abajeños.

Durante mi investigación tuve oportunidad de conversar con doña Paula, quien recordaba

¹ Alfredo Barrera y Alfredo Granados, *Instrumentaciones de música p'urhépecha para banda de viento*, Morelia, IMC (Cuadernos de Musicología, 10), 1997.

cómo era esa época cuando el maestro Eliseo componía:

A muchas familias no les gusta lo de la música, a mi no me enfadaba, yo no sabía nada de música pero apoyaba en todo lo que él hacía. A él le gustaba estar en la noche para escribir la música ya cuando todo estaba silencio, así podía componer cuando no había ningún ruido. Yo le decía “ya me voy a dormir, es muy noche”, y él me decía “no te vayas, espérame otro ratito, ya me falta poquito”, yo le decía: “¡no, tú no tienes fin! ¡Yo tengo mucho sueño!”, y así estábamos, yo a que me iba y él a que no (risas) y siempre me quedaba pues, porque me daba pena dejarlo solito [...]”²

Doña Paula, como muchas mujeres, formó parte de esta comunidad musical sin necesariamente ser músico. Ella valoró siempre la música y por ello apoyó a su esposo, el compositor Eliseo Cortés. Aunque muchas veces no figurasen en el espacio público, las hermanas, hijas, esposas, tías, abuelas o amigas de los músicos siempre han participado de esta tradición musical: sea apoyando a los músicos o bien tocando en las bandas.

² Entrevista a doña Paula Jiménez, 85 años de edad, 2006.





Como ya se dijo, las “bandas culturales” son prácticamente los únicos espacios donde las mujeres —sean niñas, adolescentes o adultas— pueden participar tocando un instrumento a diferencia de las llamadas “bandas comerciales”, donde sólo encontramos hombres jóvenes. En las “bandas culturales” las mujeres participan activamente tocando instrumentos, aprendiendo y enseñando solfeo y otros conocimientos musicales, y algunas de ellas aspiran a tener o dirigir una banda de viento u orquesta sinfónica.

Actualmente parece “normal” que las mujeres participen en las bandas de viento; sin embargo, la apertura de estos espacios no se dio de la noche a la mañana, ni ha sido fácil para muchas de ellas ingresar y mantenerse en la música y en las bandas. Las mujeres músicos han tenido que promover, impulsar y sufrir la “apertura” de estas agrupaciones musicales, pues no pocas veces los compañeros de las bandas las discriminan o la gente se ríe maliciosamente de ellas, porque tocan algún instrumento y eso es “cosa de hombres”. La actividad de ser músico de banda es una actividad que se considera propia de los hombres, pues se trata de un trabajo “duro”, donde hay que aguantar largas jornadas, que implican salir de casa y del pueblo durante muchos días y noches para tocar en otras localidades.

Rosalinda Figueroa Oropeza, considerada pionera en el mundo de las bandas de viento en Tingambato,

describe su vivencia como la primera mujer que estuvo dentro de una banda de viento:

Empecé mis estudios de solfeo en casa del maestro Eliseo Cortés. A mí toda la vida me ha gustado la música, empecé por la guitarra. Éramos 15 chamacas de las cuales únicamente yo conseguí terminar [...] las chamacas se fueron retirando porque los papás no tenían la posibilidad de comprar el instrumento o también porque algunas pensaron en casarse.

—¿Cómo se veía en esa época que las mujeres estudiaran música?

Bueno, tal vez por eso muchas se retiraron, porque en esos años no era posible que una mujer ocupara un lugar así dentro de la música, era negado por la sociedad. Yo sufrí mucho, por muchos comentarios negativos, porque en la banda eran puros hombres y sólo yo era la única mujer. Yo me fui contra viento y marea y no me detuve por las críticas, que me costaron muchas lágrimas, pero yo aprendí lo que más adoraba: *la música*.³

Participar en una banda y ser músico no siempre es un proceso sencillo para las mujeres, pues muchas veces el primer obstáculo que debe superarse es la propia familia. Cuando la familia no está de acuerdo, el gusto y pasión por la música las lleva a buscar sus propias estrategias, como salirse a escondidas de su casa para ir a estudiar solfeo.

La participación de las mujeres en las bandas desata discusiones y debates al interior de las familias. No hay una norma que indique que las madres son quienes deban apoyar a sus hijas para ser músicos y los padres sean los que se oponen. Muchas veces las propias madres frenan estos deseos y toca a los padres permitir y flexibilizar las normas sociales para que sus hijas ingresen a una banda. Algunas mujeres que tocan en las “bandas culturales” provienen de familias donde ya hay músicos. Los padres suelen enseñar a sus hijos los conocimientos básicos, y cuando los hijos varones no quieren aprender entonces enseñan a sus hijas y las animan a participar en dichos grupos. De esta forma, a

³ Entrevista con Rosalinda Figueroa Oropeza, integrante de la banda del CECAM, saxofón alto, 2006.

través de la participación de las mujeres se da continuidad a la tradición musical familiar y p'urhépecha. Como menciona Rocío Román, quien además de participar en las “bandas culturales” estudia en el Conservatorio de las Rosas en la ciudad de Morelia:

A mí siempre me ha gustado la música desde que era chiquita porque mi papá, Eligio Román Villegas, fue músico y tocaba en la banda Flor de Chirimoyo [...] Mi papá a mis hermanos intentó inculcarles el gusto por la música pero ninguno quiso, cuando vio que mis hermanos no quisieron entonces a mí y a mi hermana nos empezó a enseñar [...] mi papá vio que me interesaba la música y me preguntó que si no me gustaría ir con el maestro Eliseo. En ese tiempo sólo había dos mujeres en la banda y apenas se acababa de formar la Banda Infantil y me gustó ir a la banda y así fueron llegando más mujeres, más niñas y nosotras formamos la segunda generación de la Infantil.⁴

Las mujeres tocan y participan en una banda porque han visto a otras mujeres tocar en ellas, es decir, hay una identificación de género. Una vez dentro de la banda tienen que ganarse su lugar, porque algunas veces los propios compañeros de la banda no las aceptan:

—¿Por qué te interesó participar en la banda?

Al principio me daba vergüenza por ver puros hombres, y ya estaba Rocío Román, y nos acompañábamos las tres mujeres [...] pero al principio fue un poquito difícil porque siempre los hombres o por travesura o lo que fuera no nos aceptaban muy bien [...] ¡Cómo que mujeres! [...] decían ellos.⁵

La elección de instrumentos es otro proceso fuertemente mediado por las categorías de género. En el mundo de la música se considera que hay instrumentos propios de las mujeres, como piano, violín o clarinete. En las bandas todos los instrumentos de viento o percusión deben ser ejecutados por hombres, no por las mujeres. Ellas no pueden tocar ciertos instrumentos

⁴ Entrevista con Rocío Román, integrante de la Banda ECOR, piano y clarinete, 2006.

⁵ Entrevista a integrante de la BIT, 20 años, siete años en la agrupación, donde toca el clarinete y saxofón menor, 2006.



por razones de estética y otros por razones de fuerza. En las bandas de los pueblos los directores deciden generalmente qué instrumentos debe tocar cada integrante, debido a esto algunas integrantes han tenido que cambiar su elección por ser mujeres:

Yo quería tocar la trompeta cuando iba al solfeo y veía una canción que me gustaba y yo decía: “¡la trompeta, yo quiero tocar trompeta!”, le dije al maestro que yo quería una trompeta y él dijo “No, pero como pues ¡una mujer con trompeta! No, no, no, tú vas a tocar clarinete”.⁶

A pesar de esta “feminización” o “masculinización” de los instrumentos, cuando hace falta que alguien toque un instrumento “propio” de los hombres, como la tuba, y no hay un hombre para hacerlo, entonces se recurre a las mujeres para su ejecución. Por ejemplo, Guadalupe es una excelente ejecutante de la tuba en la Banda Infantil, y asegura que se siente orgullosa de tocarla: “Casi siempre son los hombres los que la ejecutan, y más que nada sorprende que una mujer tenga la fuerza para tocar este instrumento que es tan grande y que se necesita mucho aire”.⁷

No sólo las decisiones de los directores definen los

⁶ Entrevista a integrante de la BIT, 20 años de edad y siete en la banda, donde toca clarinete y saxofón menor, 2006.

⁷ Entrevista a integrante de la BIT, 20 años de edad y nueve tocando en la banda, tuba y saxofón, 2006.



instrumentos que ellas deben tocar, también las condiciones de pobreza se cruzan con los aspectos del género para decidir el instrumento, o bien muchas veces los padres no quieren invertir mucho dinero en la compra de instrumentos para las mujeres, porque se considera que pronto se casarán y dejarán la música: “Mis papás pues decían que la música no se había hecho para las mujeres, sólo para los hombres, que porque una mujer rápido se casaba y dejaba el instrumento, y pues tanto sacrificio para comprarlo para luego no usarlo [...]”.⁸

Las bandas y el ejercicio de la música son un espacio y una actividad donde las mujeres y niñas fortalecen la concepción de sí mismas como personas y mujeres, identidad de género, pues sienten que esta actividad “de hombres” ellas también la pueden realizar, e inclusive superar en calidad de ejecución:

—¿Cómo te sientes en la Banda Infantil?

Me siento orgullosa de estar aquí, cuando vamos a tocar a un encuentro [...] y estoy tocando pero al mismo tiempo estoy escuchando a las demás y digo: “¡ah, lo que podemos hacer! ¡Y somos mujeres!”.⁹

Importante es mencionar que Tingambato también tuvo durante un corto periodo de tiempo una banda formada únicamente por mujeres: la Banda Turquesa. Según describe una de sus integrantes, hubo una vez un maestro que convocó a las chicas del pueblo para formar una banda. La respuesta de las tingambateñas

⁸ Entrevista con Guadalupe, integrante de la banda ECOR, de 22 años de edad y con 18 meses en el grupo, donde toca el saxofón, 2006.

⁹ Entrevista con Georgina, integrante de la BIT de 20 años de edad y con siete en la banda, donde toca clarinete y saxofón menor, 2006.

fue muy amplia y nutrida, pues en poco tiempo ya se habían anotado treinta o cuarenta. La Banda Turquesa era una banda que se había formado en parte por razones económicas, es decir, era una “banda comercial”, y por ello representaba una forma de empleo y una fuente de ingresos para sus integrantes. Sus contratos eran generalmente establecidos para tocar en los eventos y rituales religiosos de Tingambato; sin embargo, esta banda no sólo era valorada entre sus integrantes por la cuestión económica, sino por los vínculos de amistad que construían como mujeres dedicadas a la música:

—¿Qué representaba para ti la Banda Turquesa?

¡Todo! (risas) era muy buena la relación entre las de la banda. En mi casa la situación ha sido muy difícil y yo en la banda me sentía muy a gusto [...] Siempre tratábamos de que si alguna no se llevaba bien con la otra, pues hacíamos convivios o lo que fuera con tal de que la relación fuera buena. Cuando una se desanimaba íbamos por ella a su casa para convencerla de seguir tocando [...].¹⁰

El mundo de las bandas es un mundo de competencia y enfrentamiento económico y musical. Tingambato y las bandas están inmersas en el orden capitalista y patriarcal, y en ese contexto hay un evidente rechazo para que se formen más bandas debido a la ley de la oferta y la demanda, pues el pago por tocar disminuye al existir muchas bandas, y en ese sentido la Banda Turquesa no era bien vista por las bandas formadas previamente:

—¿Qué opinaban aquí en Tingambato de esta banda de mujeres?

Pues nos llegaban comentarios de que la banda se escuchaba bien, había como que la discriminación porque somos mujeres, pues decían que no es lo mismo, pero bueno recibíamos comentarios buenos y malos. No cobrábamos caro, nos contrataban porque sabían que había calidad y que era una banda ya hecha. Nos decían: “esas mujeres no pitan fuerte pero pitan bonito”. Yo siento que si gustó a la gente nuestra banda. Los comentarios malos más bien llegaban

¹⁰ Entrevista con Ángeles, integrante de la banda del CECAM, 26 años de edad y cinco como parte del grupo, donde toca el saxofón alto, 2006.

de las propias bandas, por las competencias que hay. No éramos bien vistas entre los músicos, pero eso siempre ha existido [...].¹¹

Como ya se ha demostrado en otros ámbitos, el trabajo realizado por un hombre a una mujer se le paga una menor cantidad, y con la Banda Turquesa pasaba algo similar. Sin embargo, ellas de manera independiente iban buscando el trabajo, ellas mismas se promocionaban para su contratación, aunque su condición de mujeres era un arma de doble filo: por un lado podían ser discriminadas y no ser contratadas, y por otro la gente las contrataba por ser una banda distinta, es decir, una banda de mujeres que “tocaban bonito”. La Banda Turquesa generalmente tocaba en Tingambato, aunque también tuvieron salidas al estado de México, donde tocaron durante toda la noche y la madrugada y de nuevo al día siguiente —como exige la tradición festiva de nuestros pueblos—. En esta banda se ensayaba de lunes a viernes entre las 8 y las 10 de la noche, y los fines de semana también ensayaban, es decir, sus integrantes dedicaban muchas horas para sostener la banda. Esta dinámica hizo que algunos de sus elementos ya no pudieran asistir porque tenían otras actividades además de la banda, pero también debido a problemas de relaciones entre ellas, como sucede en todas las agrupaciones, esta banda se desintegró hace algunos años.

Mujeres y tradición musical: paradojas de la modernidad

La modernidad llegó rompiendo tradiciones y con varias promesas bajo el brazo: libertad, igualdad, progreso, emancipación, etcétera. La modernidad hizo todo lo posible por diferenciarse de otras épocas históricas para erigirse como la única y deseable. Estos aires modernos llegaron a pueblos indígenas como Tingambato, y las mujeres de ese lugar construyeron su sueño de ser músicos alrededor de esos vientos. Paradójicamente, sin embargo, como dice Mary Pratt, la moder-



nidad no trajo la igualdad e inclusión de las mujeres a la escena pública, sino justamente su exclusión.¹² Pratt argumenta que además el mundo capitalista y moderno estableció divisiones del trabajo *ferozmente marcadas por el género*, lo que impidió llevar a cabo su propuesta de emancipación de las minorías.

Las mujeres que eligieron el camino de la música, y de ser músicos de bandas de viento en Tingambato, han tenido que enfrentarse a estructuras sociales moldeadas por el patriarcado, el mercado y la competencia, y ser fuertes como los metales que tocan: saxofones, tubas, clarinetes. El mercado y la modernidad abrieron las puertas para diversificar las sociedades y las mujeres quisieron entrar por esa puerta, pero la competencia y el individualismo que establece el mercado para las bandas y su música, se convirtió con frecuencia en la fuente de su discriminación. Ninguna de las ocho o diez “bandas comerciales” de Tingambato —consideradas “modernas” por incluir nuevas tecnologías— permite que haya mujeres en su formación musical. Son las bandas “culturales” y tradicionales las que han acogido, con mayor o menor apertura, a las mujeres.

La modernidad generalmente ha equiparado a la tradición con la dominación de las mujeres, pero en Tingambato, paradójicamente, la tradición es la forma en que las mujeres encuentran su libertad para elegir la música como camino de vida.

¹¹ Entrevista con Beatriz, integrante de la banda del CECAM, 26 años de edad y cinco en el grupo, toca el saxofón alto, 2006.

¹² Mary Pratt, “Modernidades, otredades, entre-lugares”, en *Desacatos*, núm. 3, 2000, pp. 21-38.